

## Noel Nicola, detrás de la guitarra

Fidel Díaz. La Habana 2009. Fuente: La Jiribilla

Casi seguro empezaban los años 70, pues yo tendría nueve o diez años, cuando una extraña canción que pasaba por la radio, me puso a filosofar. “*¿Qué hay, delante de la vida, por detrás de la muerte, al lado del amor?*”. Este era, más o menos, el acertijo que me lanzaba una aguda voz arrastrándome hacia la búsqueda de tantas respuestas que sigo todavía cargando preguntas por la vida. Luego supe que el intrigante trovador se llamaba Noel Nicola y de ahí empezaron a rodar las canciones “distintas”, cuestionadoras de su entorno, del grupito al que definían como de la Nueva Trova. De ellos mismos aprendería más tarde que la nueva no era la trova sino el espíritu de la época a la cual ella miraba: “*Lo torpe y criminal sería/ dar la espalda a los que luchan cada día,/ no tenderles nuestra mano,/ y seguir encerrados con ella por la vida*”.

Ahora sé que algunos de pocas luces tildaban a esos trovadores de conflictivos mas a mí me asaltaron como rebeldes —tan barbudos como los de la Sierra pero con guitarras. No podía interpretar de otra manera las ideas que aparecieron en mi casa, gracias a unos discos de 45 revoluciones con el sello Casa de las Américas, donde Pablito Milanés decía “*yo vi la sangre de un niño brotar*”, Silvio Rodríguez que “*la era está pariendo un corazón*”, o Noel me lanzaba tras las faldas de una imaginaria mujer exuberante, irreverente, tierna e impredecible, que llevaba por gracia María del Carmen. Quizá, en alguna medida, los suspicaces tuvieran razón, pues esas canciones me impulsaron a escaparme de la rosada adolescencia, en que me tenía apesado el cándido pop español que inundaba a la radio, hacia una necesidad de cuestionar y cuestionarme, lo cual —aunque desde otro punto de vista— no deja de ser conflictivo. Una muy especial, entre aquellas canciones herejes, podría compulsarme, igualmente, ahora mismo:

“*Comienzo el día, y aún detrás de la puerta/ te pido un beso, fuerte, para salir al sol./ Afuera comentan la televisión,/ afuera el sindicato discute una ley,/ afuera la Patria está por reventar,/ afuera me están llamando/ y voy*”.

Lo mejor de aquellos incendiarios jóvenes, es que siguen siendo creadores que cuando el mundo está llamando acuden. De tal suerte me vi, este lunes 25 de abril, como de sorpresa, testimoniando un informal encuentro de ellos en la sala del apartamento de Noel. Vicente Feliú, Lázaro García, Abel Prieto, Eduardo Ramos y Abel Acosta centraban cuentos y chistes del mundo intelectual o de aquellos tiempos de las primeras canciones o cuartillas; Silvio, como niño con juguete nuevo, se esmeraba en que le creyéramos fotógrafo, buscando un ángulo de aquí para allá, en un espacio que no era demasiado; Liudmila también transitaba poniendo a nuestro alcance algún vinito y saladito, que siempre se agradece. Para acentuar el toque informal, la periodista Paquita Armas, de buena vecina, subió un buchito de café. Claro que aquella cofradía tenía un objetivo especial, Abel, en calidad de Ministro de Cultura, le impuso en el pecho a Noel Nicola la Orden Félix Varela de primer grado.

No hubo toque de atención, ni lectura de biografía, ni discursos: un aplauso y un brindis fue toda la ceremonia. El homenajeado simplemente miró la medalla, expresó: “está bonita”, sonriendo entrecortado, y su mirada se fugó instantáneamente no sé a donde.

Lo inusual de hacer el otorgamiento en una reunión de amigos, nos llevó a sustituir los pasos habituales en esas actividades con una breve e intensa meditación común. A falta de biografía, penetramos en la timidez, casi huraña, de ese flaco con guitarra que ha escudriñado en nuestro tiempo con sensibilidad y agudeza martianas. En el lugar de los discursos colocamos la actitud sencilla y honesta del trovador y dejamos que fluyeran sus canciones.

Quizá Eduardo se recordara sentado con su bajo, en uno de aquellos momentos del Grupo de Experimentación Sonora del ICAIC, siguiendo la estrofa de Noel cuando montaban una canción colectiva devenida todo un himno: *“Quiero abrir mi voz al mundo/ que llegue al último confín/ de norte a sur y de este a oeste./ Y que cualquier hombre pueda/ gritar sus propias esperanzas,/ sus heridas y sus luchas cuando diga/ Cuba va”*.

Tal vez Silvio retornará a su asombro de una tarde remota cualquiera en la que se apareció Noel en su casa a mostrarle una canción, aún verdecita, que rezaba: *“Y cuando me dé por recorrer el mundo/con mi ansiedad de acariciar ciudades,/ ponte detrás de cada puerta abierta,/ y ámame así, como soy”*.

Quién quita que Lázaro, o Vicente, se transportaran a una madrugada vagabunda detrás de una muchacha, o una mañana en que Noel se apareciera con un berrinche por una mala acción que le habían hecho a él, a uno del barrio, o a un pueblo en un rincón de África. No dudo que Paquita, o el actor Cholito (otro morador del edificio, que se enteró y acudió al amigo), rememoraran simplemente una conversación doméstica de vecinos o una profunda reflexión al vuelo, sobre literatura, cine, la televisión o la manera en que perdieron los Industriales.

Es posible que Abelito Acosta, desde su vocación de trovador callejero, tarareara para sus adentros: *“Te perdono el montón de palabras que has soplado en mi oído desde que te conozco...”*, con una reverencia ante la excelencia poética.

Realmente especulo, no sé qué pensaba cada cual, si admiraban al trovador, al hombre de sus días, al vecino o al amigo, en todo caso, aunque no se dijo nada de eso, flotó en el ambiente un regocijo común por ser testigos del momento en que se le reconoce a Noel Nicola que comience cada día, así como si nada, perdonándonos los cientos de razones y miles de problemas, exigiéndonos que lo amemos así como es y, sobre todo, porque, como nos confesara hace ya tiempo: *“Detrás de esta guitarra, hay un tipo ni bueno ni malo,/ que cuando llueve, observa con calma su patio mojado,/ pendiente de guerras, sediento de años.../ En fin detrás de una caja con cuerdas,/ hay siempre un ser humano”*.

La sutil solemnidad duró apenas unos minutos; tras los abrazos y el estrechón de manos, se retornó a la conversación atropellada de los amigos que se reencuentran tras un tiempo sin verse. Ciertamente, fue breve y sencilla la ceremonia, pero conociendo por su arte al trovador, sospecho que le resultó reconfortante como ninguna otra que se le pudiese haber organizado, porque, el reconocimiento de todo un pueblo le llegó desde el guiño entrañable

de sus más cercanos cómplices, esos que han transitado con él —como reza una de sus canciones— por la vida, juntos.

*“Lo absurdo y criminal sería/ no ayudarte con más fuerza cada día,/ no ponerse de tu lado,/ ni luchar, aquí, contigo, por la vida”.*